

## AGENDA CIUDADANA

### ¿DONDE ESTAMOS?

Lorenzo Meyer

**El Enfoque.**- Cuando se viaja hay que detenerse de tiempo en tiempo para determinar la posición, saber cuanto se ha avanzado y, sobre todo, planear lo que falta por recorrer. Hace tres decenios, la sociedad mexicana se puso en marcha para cambiar su sistema político y su azarosa travesía aún no termina. Para encontrar cual es hoy su posición en el mapa político, hay que determinar las coordenadas de varios puntos de referencia que permitan situarla en el espacio. Esos puntos pueden ser, entre otros, la presidencia, el partido oficial, el sistema de partidos y el electoral, la división de poderes, el entorno internacional y cultura cívica.

Todas las transiciones a la democracia que han tenido lugar en el último cuarto de siglo, incluso las que han corrido con mejor suerte, no fueron procesos ordenados y bien planeadas desde el inicio, aunque *ex post facto* así pudieran verse, sino auténticas aventuras sin posibilidad de determinar de antemano el resultado. En todos los casos se corrieron riesgos y en un buen número de ellas los obstáculos fueron superados—España, Portugal, África del Sur o Chile—pero no en todas, y ahí están para recordárnoslo Perú, Paquistán, Kazakstán o Sri Lanka, por mencionar algunos.

**Las Posibilidades.**- La experiencia mexicana en materia de cambio político es de una consistencia trágica: en cinco siglos todas las grandes transformaciones que ha experimentado nuestra sociedad se iniciaron o concluyeron como procesos catastróficas. Por diversas y complejas razones—entre ellas la ausencia de una base social adecuada --, las transformaciones de régimen en los siglos XIX y XX terminaron muy lejos de sus metas originales: la independencia no dio paso a la nación fuerte y unida que prometió el Plan de

Iguala, la Reforma no logró la democracia que la constitución de 1857 suponía ni la Revolución Mexicana el sufragio efectivo y la justicia social.

Hoy existen más posibilidades—o menos obstáculos—que antes para lograr un arreglo institucional que corresponda al concepto de modernidad política dominante, es decir, a la democracia representativa. Pero ese desenlace es sólo uno de los posibles; otro es la prolongación de lo que hemos vivido hasta hoy: una situación donde los actores democráticos no logren superar las fuertes resistencias de los autoritarios y viceversa. Tampoco se puede desechar la terrible posibilidad de que una parte de la sociedad mexicana, desmoralizada por sus pérdidas económicas, la inseguridad y la corrupción, de su apoyo a soluciones neautoritarias, al estilo Fujimori. En fin, examinemos cada una de las o variables propuestas y sus posibilidades y limitaciones a la luz de los desenlaces posibles.

**La Presidencia.**- A partir de 1940, la presidencia dejó de depender de las personalidades, se institucionalizó e independizó hasta del propio presidente. Para entonces ya había logrado expropiar gran parte de los poderes del legislativo y del judicial así como de los gobiernos locales.

Hoy, esa institución que casi llegó a ser sinónimo del sistema político mismo, ha dejado de ser el único eje sobre el que gira el proceso político mexicano. Sus constantes fracasos políticos y económicos han obligado a la presidencia a devolver parte del poder expropiado a los otros actores del drama político. Además, la gran fuente de legitimidad de ese poder presidencial—el manejo discrecional del presupuesto y de los procesos macroeconómicos—se está secando como efecto del cambio económico. Hoy es más el mercado que el presidente quien decide como distribuir los beneficios materiales a regiones, empresarios, ejidatarios, trabajadores, clases medias, colonos, etcétera.

Como bien lo señala José Agustín Pinchetti, la presidencia de Ernesto Zedillo no quiso o no pudo encabezar la democratización. Se concentró en mantener el control del timón económico en la dirección que le heredaron y a practicar una “administración por omisión” (La Jornada, 2 de noviembre). En contraste con el autoritarismo de Carlos Salinas, Zedillo simplemente ha dejado que sean otros los que luchen y decidan el futuro político de México: los que asaltan las murallas del viejo régimen y los que se resisten a abandonar la plaza y sus privilegios. Así, la que fue la gran institución política mexicana, la presidencia, desempeña hoy un papel por debajo de sus posibilidades en materia de transición a la democracia.

**El Partido de Estado.**- El PNR nació como partido de Estado; sus sucesores mantuvieron la misma característica. Desde el principio, el grueso de sus recursos, sus plataformas y las razones de sus triunfos, se situaron en el aparato de gobierno. El objetivo central del PNR-PRM-PRI, fue imponer y mantener la disciplina entre la élite política y servir incondicionalmente al proyecto del “Jefe Máximo” de la Revolución primero y, desde 1935, al del presidente en turno. Hoy, el PRI sigue siendo la maquinaria política con mayor presencia, pero ya no es lo que fue.

La evolución de la sociedad mexicana en la postrevolución, y en especial la transformación económica de los últimos doce años, hizo perder fuerza al sector campesino, la clase media se hizo más heterogénea y menos fácil de controlar por la vía corporativa. Finalmente la crisis y cambio del sistema económico—la privatización y desmantelamiento del proteccionismo—debilitó mucho al sindicalismo oficial, al que hoy se tiene que pagar según su productividad y no por su papel político, (véase a Tom Barry, Zapata’s Revenge. Free Trade and the Farm Crisis in Mexico, Boston, 1995 y a Kevin Middlebrook, The Paradox of Revolution, Labor, the State, and Authoritarianism in Mexico, Baltimore, 1995).

La introducción de una competencia electoral real como resultado de la presión social, ha forzado al PRI a funcionar en un campo ajeno a su naturaleza original. El resultado es que si bien el partido del gobierno sigue siendo la mayor organización política en el país, ha perdido mucho terreno e iniciativa. En las elecciones federales del 6 de julio de este año, sólo logró el 38% de la votación. En el sur, el sudeste y en algunos enclaves en el norte, los gobernadores priístas “duros” aún pueden presentar el “carro completo” del pasado, pero el México moderno, el del futuro, es cada vez más hostil al partido creado por Calles. En el 2000 quizá el PRI conserve la presidencia gracias a la división de la oposición, pero perderá el control del congreso y de las entidades más desarrolladas.

En el pasado, la obediencia de los priístas a la voluntad presidencial tenía como contrapartida la victoria electoral. Hoy, los candidatos del partido del presidente pueden perder, por tanto, el principio de reciprocidad en la relación presidente-partido—obediencia a cambio de triunfo--, se ha debilitado. La última asamblea del PRI le puso “candados” al presidente, en el senado, los priístas del “Grupo Galileo” proclaman su independencia y Agustín Basave demanda la refundación del partido. La selección del candidato presidencial del PRI—hasta 1994 privilegio exclusivo del presidente--, empieza a escapar de sus manos: sin mayor problema, Manuel Bartlett—que sabe y puede manufacturar “carros completos”--, se envolvió en la bandera del nacionalismo (“la infamia es contra México”, no contra él) y el antineoliberalismo y ya anunció por sí y ante sí que quiere ser presidente (y cumplir así un deseo que tenía desde “que era chiquito” ), (Reforma, 4 de noviembre).

**El Sistema de Partidos.**- A partir de la gran crisis económica del 1982, el régimen se vio obligado a canalizar electoralmente un descontento que ya no podía ignorar o reprimir a bajo costo. La aparición de partidos electoralmente fuertes a derecha e izquierda del PRI, dio lugar a elecciones competidas. Hoy, tanto el PAN como el PRD representan

una parte importante de la pluralidad mexicana y hacen cada vez más difícil que el PRI siga siendo un partido de Estado.

**El Sistema Electoral.**- Desde el origen del régimen actual, el gobierno fue juez y parte del juego electoral; las reglas eran dadas cargadas en favor de su partido. Sin embargo, cuando a partir de 1988 el déficit de legitimidad obligó al gobierno a dar contenido a los comicios, se hizo necesario un sistema de reglas que fuera aceptado por los partidos de oposición, pues sólo ellos podían otorgar credibilidad a los resultados. Sin credibilidad, las elecciones eran una fuente más de conflicto, como quedó demostrado en ese mismo 1988. En 1994 el levantamiento indígena en Chiapas mostró las enormes deficiencias de las instituciones para procesar conflictos serios. Fue entonces cuando la dirección de la enorme burocracia del Instituto Federal Electoral (IFE) empezó, por fin, a quedar en manos de un cuerpo colegiado de “consejeros ciudadanos” comprometidos con la imparcialidad. Ese cambio en la naturaleza del IFE se aceleró en 1997, pero aún hay que vencer resistencias serias: en el sur siguen vivas las elecciones sin credibilidad, sin efectividad y con conflictos.

**División de Poderes.**- La existencia de elecciones competidas y con resultados creíbles en muchas regiones, inevitablemente aumentó la presencia de la oposición en gobiernos locales, estatales y en el Congreso. El proceso se inició con la aceptación del triunfo del PAN en Baja California en 1989 y hoy ha hecho que la oposición sea la fuerza gobernante en siete entidades de la federación, domine la Cámara de Diputados y haya arrancado al PRI la mayoría calificada en el Senado.

Una división real de poderes abre la posibilidad de que en el futuro surjan las condiciones mínimas necesarias para limitar al presidencialismo irresponsable, también la de reactivar la independencia que el poder judicial perdió hace más de un siglo. Hoy, como

nunca antes, la procuración e impartición de justicias es una vergüenza nacional, pero quizá ya se tocó fondo y pueda empezar el cambio.

**El Entorno Internacional.**- Desde el acuerdo informal entre el presidente Calles y el embajador norteamericano Dwigth Morrow en 1927, el sistema no democrático pero muy estable de México fue apoyado por Washington, pues le garantizó la estabilidad de su frontera sur.

Con la desaparición de la Unión Soviética y el temor al comunismo, aunado a la “tercera ola democratizadora”, la ficción del México democrático ha perdido utilidad para Estados Unidos y la Europa Occidental, y en cambio ha vuelto el temor de que el retraso en la modernización política mexicana aumente las posibilidades de inestabilidad e impida combatir un mal que afecta mucho a los intereses extranjeros que operan en el México globalizado: la enorme corrupción pública y la ausencia de un Estado de Derecho. Hoy, el exterior no se opone a un cambio en México, lo demanda.

**La Cultura Cívica.**- Los patrones culturales son estructuras de larga duración. La cultura cívica mexicana fue por mucho tiempo funcional al sistema antidemocrático. Sin embargo, y como resultado de los cambios descritos y otros más, los valores democráticos están ganando terreno, pues opera un efecto de círculo virtuoso: entre mayores espacios gana la oposición y “la sociedad civil”, más terreno pierde la indiferencia ciudadana y la oposición a un cambio de régimen (véase a Wil G. Pansters (ed.), Citizens of the Pyramid. Essays on Mexican Political Culture, Amsterdam, 1997).

**Conclusiones.**- En la transición política mexicana la moneda sigue en el aire. Si finalmente la democracia política llega a imponerse, el nuevo reto será consolidarla con la social. Al respecto el presidente de los Estados Unidos advirtió en Brasil: “(e)sta mal que sólo unos cuantos cosechen los beneficios del magnífico cambio que esta teniendo lugar

mientras muchos permanecen estancados en la miseria. Esa es una traición a nuestros valores de integridad individual e igualdad de oportunidades y, finalmente, minará la fe en la democracia y en el libre mercado” (*The New York Times*, 16 de octubre). Oportuna advertencia que viene del corazón mismo de la globalización y la economía de mercado.

***E-mail: Imeyer colmex.mx***